Balada del Engaño

Sebastián Celtigar

Capítulo 1

Balada del engaño

En una noche de tormenta y lluvia, un organillero loco deambuló por el pueblo. Mientras tocaba su melodía, invitaba a las mujeres al gran banquete del conde.

Doncellas, esposas, amantes y viudas hicieron fila para entrar al majestuoso castillo de mármol. Adentro, las recibió un hombre de estampa poderosa, de piel blanca y cabellos dorados. Como todo un caballero, se inclinó y les dio la bienvenida al ingenuo aquelarre. Todas ellas, cegadas por el encanto, quedaron asombradas al ver el enorme salón con que las recibían. Gigantes pilares babilónicos soportaban la enorme estructura, paredes adornadas de pinturas renacentistas recreaban mitos helénicos, candelabros de plata pura flotaban en los cielos, y una orquesta de arcángeles vendados reproducían una melodía celestial.

El conde se paseó por el salón dejando un halo de soberbia en cada paso que daba. Se dispuso a buscar a la mujer de sus sueños. Ignoró los rostros manchados de maquillaje exuberante, los peinados extravagantes y la pedrería exótica, tan solo para quedarse con la mujer que aguardaba en un rincón. La chica solitaria, de vestido violeta y joyas humildes. Lucía una sonrisa falsa y ojos iluminados de melancolía.

El hombre besó su mano y la invitó al medio del salón. Ella aceptó temerosa por culpa de las miradas de envidia. El conde la tomó de la cintura, alzó su brazo derecho y la miró directo a los ojos, diciéndole que solo debía entregarse. Dio la orden a sus músicos y la balada del engaño comenzó a sonar.

Bailaron y bailaron, como si fueran dos eternos amantes liberados de toda culpa. Ella entregada a los brazos de su hombre, moviéndose despacio para entrar en el juego. De a poco se fue soltando, hasta llegar al punto en que sus pies se movían con ligereza, como si se tratara de dos plumas que danzaban elegantes sobre baldosas masónicas.

Y bailaron y bailaron, la balada del engaño. Girando y girando con elegancia y delicadez. Creando círculos perfectos que se expandían al ritmo de la melodía. Su vestido pomposo giraba y giraba como una piedra amatista que cegaba la mirada de recelo.

Bailaron, creando formas sagradas, él con su fuerza la levantaba y la bajaba, una y otra vez sin demostrar cansancio. Y ella tan solo estaba entregada a la pasión del conde. Él rígido, guiándola en los

pasos que daba. Ella reluciente por la soberbia que le daba ser la elegida. Y el conde angustiado de no poder resistir la fragancia de pureza que emanaba del cuerpo femenino.

La mujer se soltó de los brazos del conde. Saltó por el salón hasta llegar al lado de la orquesta. Extasiada de la magia y de los acordes divinos, simuló ser un hermoso cisne de plumaje blanco, que movía sus alas buscando provocar y seducir al hombre que amaba. Sensual y tentadora, se movió mirando las velas que caían del cielo. Perdió su mirada en los círculos de fuego. Y el conde contemplándola en el otro extremo. Resistiendo el ardor de sus encías y aguantando los encantos de la inocente criatura.

La mujer seguía bailando, perdida en el engaño. En ningún momento se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. La orquesta sagrada fue callando sus melodías, las voces se fueron apagando y los violines secando sus cuerdas de llanto. La melodía de acordes divinos se fue extinguiendo lentamente, mientras el conde ponía fin a su tormentoso deseo. El hombre terminó por devorar el cuello de su supuesta amada. No aguantó una segunda canción. No pudo seguir ignorando la inocencia de la bella dama de ojos melancólicos. Y ella seguía moviéndose en el vaivén de la clausura. Hipnotizada, aún creía que bailaba en una especie de ceremonia amorosa, moviéndose lenta mientras devoraban su carne.

Solo se dio cuenta al sentir un vendaval de emociones que guiaron a sus ojos al piso manchado de su sangre. Liquido carmesí se esparcía en el brillo del suelo. Paralizada y consciente del engaño, solo pudo mirar al triste reflejo de la luna que se proyectaba en el ventanal. Le lloró misericordia. Le pidió ayuda a su astro fraterno. Le pidió, por favor, que le quitara de encima al hombre que consumía las últimas gotas de vida que le quedaban…